

## CAPITULO XII.

Undécima excelencia de nuestra religion, que es la pureza de las sanctas Escrituras.

Despues desta excelencia se sigue otra no menor, que es la alteza y perfeccion de las Escrituras, así del Viejo como del Nuevo Testamento, y de la eficacia que tienen para mover nuestros corazones al temor de Dios, y á toda virtud; mas porque para esto era necesario proceder por todos los libros sagrados declarando la dignidad y excelencia de cada uno (lo cual no se puede hacer sin largo tratado), remito al piadoso lector al lugar donde esto se trata de propósito, que es en la segunda parte de nuestra Introduccion del Simbolo en el capítulo ix. Pero no puedo dejar de apuntar aquí una cosa acerca del evangelista Sant Juan, el cual demas de haber tratado mas copiosamente que los otros evangelistas de la divinidad de nuestro Salvador, tiene una cosa en algunos de sus Evangelios, que cuenta las cosas con tantas circunstancias y particularidades, que si las leyere un hombre que no tenga fe, jurará ser aquellas historias verdaderas. Y dejados aparte los Evangelios que tratan de la resurreccion del Salvador (donde algo desto se ve), mírese la historia del ciego dende su nascimiento (a), con todas aquellas instancias y perplejidades de los fariseos que en ella se cuentan, y por aquí se entenderá lo que digo. Pero aun mas claramente se verá esto en la historia de la resurreccion de Lázaro (b), donde entrevienen tantas particularidades é interlocutorias ántes de venir al milagro, que cualquier hombre cuerdo (aunque no sea cristiano) constantemente afirmará ser imposible que un pescador (cual era Sant Juan) fingiese todo lo que allí se cuenta, si el mismo proceso del negocio no fuera su guía, y le enseñara lo que allí escribe. De mí confieso que si yo fuera un filósofo gentil, y leyera toda esta historia, este mismo juicio y parecer tuviera, y el mismo creo que tendrá cualquier hombre desapasionado, si atentamente considerare todas las circunstancias que allí se cuentan. Esto quise apuntar aquí, por ser cosa que, juntamente con las demas que aquí escribimos, sirve para la confirmacion de nuestra fe.

Y no es menor confirmacion della lo que San Augustin escribe en el libro vii de sus Confesiones (c), tratando de la excelencia de nuestras sanctas Escrituras. Dice él que fué especial providencia de nuestro Señor, que él ántes de su conversion leyese los libros de los filósofos. Porque leyendo despues las sanctas Escrituras, viese la gran diferencia que habia entre las unas y las otras. Porque (como él dice), saben los filósofos adónde habemos de ir, que es á procurar la felicidad y bienaventuranza; mas no saben el camino para ir no solo á conocerla, mas ni á poseerla. No tienen aquellas letras la imágen de nuestra religion, ni las lágrimas de nuestra confesion; no tratan del verdadero sacrificio, que es el espíritu contribulado, y el corazón contrito y humillado, ni de la comun salud del mundo, ni de la ciudad sancta y esposa de Cristo, ni de las árras del Espíritu Sancto, ni del cáliz en que está el precio de nuestra redempcion. Nadie canta en aquellas letras con el Profeta (d): ¿Por ventura no estará mi ánima subjecta á Dios, pues del procede mi salud? Estas cosas, Señor, escondiste tú á los sabios y prudentes del mundo, y

(a) Joan. 9. (b) Ibid. 11. (c) Aug. Conf. lib. 7. cap. 9. 20. 21. (d) Psalm. 61.

revelásteelas á los pequeñuelos. Todo esto dice Sant Augustin en el libro vii de sus Confesiones. Mas en el octavo (e) confirma lo dicho con un singular ejemplo, que es con la conversion de un gran retórico, por nombre Victorino, el cual leyendo las sanctas Escrituras se convirtió á nuestra fe, con grande alegría de los cristianos y grande confusion de los gentiles. Esto mismo experimentan cada dia los hombres muy enseñados en otras ciencias, los cuales despues de gastado buena parte de la vida en ellas, cuando vienen á darse á la lición de las Escrituras sagradas, hallan en ellas tanta miel y suavidad, tanta luz para sus entendimientos, tanta devocion para sus voluntades, y tanto provecho así para reformar sus vidas como las ajenas, que de muy buena gana dan de mano á todos los otros estudios, por el fructo y gusto que reciben cogiendo suavísimas flores deste hermosísimo jardín. Porque ciertamente cuanto va del autor destas Escrituras divinas á los autores de las humanas, tanta ventaja hacen las unas á las otras. De lo cual nos hace fe la experiencia de cada dia.

## CAPITULO XIII.

Duodécima excelencia de la religion cristiana, que es la pureza de la vida que causa en los guardadores della.

Otra singular excelencia tiene esta sancta fe y religion, que es la mudanza de vida, y los efectos que obra en las ánimas de los que se aplican á usar de los remedios y socorros que ella nos da para la virtud. Para lo cual es de notar que así como el oficio y efecto propio de la medicina es curar las enfermedades de los cuerpos, así el de la buena ley es curar las enfermedades de las ánimas, que son los pecados. Por donde como por la eficacia y provecho de la medicina conocemos la excelencia della, así por la eficacia que esta sanctísima religion tiene para curar las enfermedades del ánima, conoceremos la dignidad y perfeccion della.

Declaremos esto por un ejemplo. El oficio de Dios es el que él declaró por Sant Juan, cuando dijo (a): Yo estoy á la puerta, y llamo: si alguno me abriere, cenará conmigo, y yo con él. Este llamamiento (que es un tocamiento divino que á nadie falta), es de muchas maneras, á veces con una recia enfermedad, ó algun gran peligro y desastre, á veces con alguna palabra de algun predicador, ó confesor, ó de algun buen libro. Acaesce pues que un hombre así tocado, se aplica á querer aprovecharse de los remedios y ayudas que esta sanctísima religion nos enseña, que son arrepentirse de los pecados pasados, y hacer verdadera confesion dellos, y apartarse con toda humildad y reverencia para recibir el sancto sacramento del altar, y procurar cada dia de tener un poco de recogimiento para encomendarse á Dios, pidiéndole con toda instancia favor y gracia para no hacer cosa contra su servicio. Continuando pues esto por algunos dias, aquel Señor que es Padre de misericordias, y desea que todos se salven, y tiene solemnemente jurado que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (b), acude luego con el rocío de su gracia, y con una nueva luz y alegría espiritual, con la cual el tal hombre queda cebado y enamorado de la virtud. Y continuando mas su oracion y recogimiento, y frecuentando con toda devocion los sacramentos, á cabo de muy pocos dias viene á sentir tales cosas dentro de sí, que él mismo se espanta; porque ve tan gran

(e) Cap. 2. (a) Apoc. 3. (b) Ezech. 18. 33.

mudanza en muchas de sus aficiones é inclinaciones antiguas, y en sus deseos y ejercicios, que viene á maravillarse de ver su corazón tan trocado, y mas en tan breve tiempo. Véese aborrescer lo que ántes amaba, y amar lo que aborrescía; tomar gusto en lo que ántes le era amargo, y amargarle lo que le era sabroso. Y finalmente halla fácil lo que ántes le parecía cuasi imposible. Parecía un tiempo que le era imposible guardar castidad, y hácesele esto agora no solo posible, mas tambien muy fácil. Antes no hacia caso de cometer á cada paso mil pecados mortales por cualquier nonada, y agora dice que ántes morirá mil muertes que cometer tal cosa. Antes era perdido por atavíos, por galas, por juegos, por cazas, por leer libros profanos, y agora siente en sí un grande asco y aborrescimiento de todas estas cosas por las cuales ántes se perdía. Esta mudanza de vida describe un sancto doctor, tratando del milagro que nuestro Salvador hizo cuando mudó el agua en vino, por estas palabras (c): Veis aquí los verdaderos milagros, y dignos de ser predicados, los cuales obra cada dia nuestro Redemptor en nosotros, cuando de los hombres viciosos hace virtuosos, y de los lujuriosos castos, y de los soberbios humildes, y de los seguidores del siglo amadores de Dios. Pues ¿qué tan gran milagro es levantar á un hombre hecho del cieno de la tierra á la pureza y condicion de los ángeles, y colocar en el cielo la criatura amasada del cieno de la tierra?

Es tan propia esta obra de Dios, que como muchos hombres infieles vinieron en conocimiento del verdadero Dios por algun milagro, así los fieles se confirman mas en la fe por esta mudanza que ven en sus vidas. Así lo sentía David, cuando decía (d): ¿Quién es verdadero Dios sino nuestro Señor? Y ¿qué otro Dios hay sino él? Porque él es el que me ciñó de virtud y fortaleza, y hizo que mi vida fuese limpia y sin mácula de pecado. Esto trae por argumento de ser verdadero Dios el que tal pureza de vida le pudo dar. Porque como dice el sancto Job (e): ¿Quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino solo Dios?

Esta mudanza que aquí habemos dicho, escribe Sant Cipriano que experimentó en su conversion. Y así dice él que ántes della le parecía imposible lo que los cristianos le decían, que podía el hombre volver á nacer de nuevo, de tal manera que quedando la misma substancia y figura del cuerpo, el hombre interior se mudaría en otro nuevo hombre, y que con la mudanza perdería los gustos y apetitos de los vicios pasados, y se le haría fácil y suave el camino de las virtudes. Mas despues (dice él) que recibí la gracia del sancto bautismo, luego por una manera admirable sintió en sí esta mudanza, y halló ser verdad lo que ántes se le habia prometido.

Mas Sant Augustin (f), que tanto tiempo estuvo ciego y enlazado en la carne, pareciéndole que le era imposible vivir sin compañía de mujer, de tal manera se mudó cuando se convirtió á Dios, que le da él gracias por esta tan nueva mudanza en el libro ix de sus Confesiones (g), diciendo así: Rompiste, Señor, las ataduras con que estaba presa mi ánima; á tí ofresceré sacrificio de alabanza, é invocaré tu sancto nombre. ¡Oh cuán suave cosa me fué este tiempo carecer de la suavidad de los deleites pasados! y ¡con cuánta alegría dejé lo que ántes habia miedo de perder!

(c) Euseb. Emiss. homil. 2. de Epiph. (d) Psalm. 17. (e) Job 14. (f) Confess. lib. 8. cap. 11. (g) Cap. 1.

Pues volviendo al propósito principal, si por la eficacia de la medicina conocemos la virtud della, y por la virtud y eficacia de la ley la excelencia della; ¿cuán perfecta y excelente es aquella ley que en tan breve espacio cura las dolencias del ánima, y muda los corazones, que es obra de solo Dios? Lo cual es tan propia obra de Dios, y tan grande obra, que communmente dicen los sanctos doctores que es mayor obra la justificacion de un pecador, que la creacion del mundo (h).

Por lo dicho parece cuán grande argumento sea de la verdad y excelencia de la religion cristiana esta tan notable mudanza que aquí habemos declarado. Lo cual aun se confirma considerando el poco fructo que los filósofos hicieron en esta materia. Porque siendo ellos la flor de todos los ingenios, y el último parto en que la naturaleza empleó mas sus fuerzas, y profesando ellos la doctrina de la virtud, vemos cuán pocos salieron de sus escuelas virtuosos. Por gran cosa cuenta Séneca que habia hecho virtuoso á un amigo suyo, por nombre Lucilo. Mas por el contrario vemos en cuán breve espacio muda la doctrina de Cristo á todos los que se aplican á los remedios della, así hombres como mujeres, y de cualquier estado y condicion que sean, rústicos, labradores, y oficiales mecánicos: los cuales en aplicándose estos remedios, luego se visten de otro nuevo hombre; y de carnales se hacen castos, y de envidiosos benignos, y de escasos liberales y caritativos. Lo cual nunca hizo secta alguna de filósofos. Mas desto aun trataremos adelante.

## CAPITULO XIV.

Décimatercia excelencia de la fe, y religion cristiana: que es alcanzarse por ella la verdadera felicidad y último fin del hombre.

Otra condicion y propiedad de la perfecta ley es hacer á los hombres no solo buenos, sino junto con esto bienaventurados. Porque, sirviéndonos de la comparacion pasada, así como en la medicina, y en el médico que la aplica, consideramos dos cosas, que son el oficio y el fin (porque el oficio es curar, mas el fin es sanar); así en la buena ley ha de haber estas mismas cosas en su manera, que son oficio y fin; y el oficio es hacer á los hombres buenos y virtuosos; mas el fin es hacerlos bienaventurados; porque á esto se ordena la ley y la virtud.

Y esta es otra singular excelencia de la religion cristiana: que ella es la que nos enseña en qué consiste la bienaventuranza del hombre, y por qué medios se alcanza. Y bienaventuranza (segun dice Boecio) es un estado perfecto en el cual se hallan todos los bienes juntos. Para cuyo entendimiento se ha tambien de presuponer que en el corazón del hombre imprimió el Criador una inclinacion y natural deseo de llegar á un estado donde goce de tantos bienes, que ningun bien le falte, y ningun mal ni trabajo le dé pena. Y en busca deste felicísimo estado andan todos los hombres ocupados; aunque muchos se engañan, pareciéndoles que lo hallarán si alcanzaren los bienes que ellos apetecen. Y ser cosa posible llegar los hombres á este tan rico estado, conóscese por este natural deseo que el Criador imprimió en sus corazones; pues está claro que este soberano Señor no hace cosa en vano y sin provecho; y vana cosa fuera ha-

(h) D. Thom. 1. 2. quæst. 113. art. 9. ex August. ibi in argum. Sed contrá.

bernos él criado con este deseo, si no fuera posible alcanzar lo deseado.

Esto entendieron muy bien los filósofos; mas engañáronse grandemente, porque (como arriba dijimos) buscaban esta felicidad en la vida presente, siendo ella mas rica de lágrimas y de trabajos, que de bienes y descansos. Mas como ellos no sabian nada de la otra vida, eran forzados á buscar la bienaventuranza en esta. Sobre lo cual dijeron mil disparates, poniendo unos la bienaventuranza en un linaje de bienes, y otros en otros. Mas la religion cristiana, como tiene á Dios por maestro, nos enseña que este grande bien no se ha de buscar en esta vida, sino en la que esperamos; donde clara y distintamente verémos y gozaremos de aquella infinita hermosura, y poseerémos aquel summo y universal bien en quien están todos los bienes. Esto demas de ser de fe, se entiende por la capacidad infinita así de nuestro entendimiento como de nuestra voluntad; porque el entendimiento es tan capaz, que aunque sepa cuantas ciencias hay en el mundo, siempre le queda habilidad y deseo natural de saber mas, si mas hubiere que saber. Y la voluntad ótrosí es tan capaz, que aunque goce de cuantos bienes hay en la tierra, siempre le queda habilidad para desear mas, y gozar mas si mas hubiere. Y así ni el entendimiento descansará hasta que entienda aquella primera verdad en la cual están todas las verdades, y todo lo que se puede saber; ni tampoco se quietará la voluntad hasta que venga á gozar de aquel bien universal en quien están todos los bienes. Y llegando aquí reposará nuestra ánima como en su proprio centro y lugar de su reposo; y así cesarán los deseos de todos los otros bienes que hay fuera de Dios: lo uno, porque de los bienes finitos á los infinitos (cuales son los de Dios) no hay proporcion ni comparacion; y lo otro, porque esos mismos bienes criados verán por mas excelente manera en el Señor que los crió, que en ellos mismos. Esta es pues la bienaventuranza perfecta que nos enseñó aquel Maestro que vino del cielo; la cual no pudo alcanzar toda la filosofía del mundo. Y en esto se ve la excelencia de nuestra santísima religion, la cual así como nos propuso una ley tan perfecta, que no se puede imaginar otra mejor, así nos propone un fin á que ella se ordena, tan alto, que no se puede hallar otro mayor.

## §. I.

Bienaventuranza de que los perfectos profesores desta santísima religion gozan en esta vida.

Mas aquí es de notar que hay dos maneras de bienaventuranza: una perfecta, que es esta que dijimos, reservada para la otra vida, y otra comenzada, de que gozan no todos, sino los especiales amigos de Dios; los cuales en premio de haber despreciado por él todos los gustos y deleites del mundo, son maravillosamente recreados con las consolaciones del Espíritu Sancto, y con aquel espiritual gozo que Sant Pablo cuenta entre los fructos deste divino espíritu (a).

Para tratar desta materia, y declarar la raiz y fundamento della, podré aquí decir lo que dijo el Evangelista Sant Juan cuando quiso darnos desto alguna noticia (b): El que tiene oídos (dice él) para oír, oya lo que el Espíritu Sancto dice á las Iglesias. Digo esto, porque no todos tienen disposicion para oír estas cosas; y aun yo tengo recelo de tratarlas, por ser cosas que exceden la

(a) Galat. 5. (b) Apoc. 5.

facultad de mi entendimiento. Mas porque no faltarán en la Iglesia oídos que esto puedan oír, para estos diré en breve lo que nuestro Señor me diere á entender.

Es pues agora de saber que despues que algunas ánimas tocadas muy de véras de nuestro Señor, se han ejercitado en todos los ejercicios espirituales, como son oraciones, ayunos, vigiliás, aspereza de vida, y mortificacion de sus apetitos y proprias voluntades, y obras de caridad, y finalmente en todo género de virtud, andando por el camino de Dios, no con tibieza y negligencia, sino con fervor de espíritu y perseverancia en sus ejercicios, acrescentando cada dia fervor á fervor, y virtud á virtud, y devocion á devocion; finalmente despues desto vienen á alcanzar el amor de Dios que los teólogos místicos llaman unitivo. Lo cual es como despues de haber caminado por el desierto, llegar á la deseada tierra de promision. La condicion deste amor es traer consigo una tan admirable suavidad y alegría en Dios, que con su fuerza prende el corazon de tal manera, que no lo deja ni de noche, ni de dia, ni andando, ni estando, ni trabajando, ni holgando, apartar dél. Porque la fuerza desta suavidad (si decirse puede) es como un engrudo tan recio, ó una prision tan apretada, la cual de tal manera prende y captiva el corazon devoto, que le pone hastío de todas las cosas desta vida, y solo Dios es todo su gusto, su deseo, su pensamiento, su tesoro y su alegría. Y satisfecha el ánima con este bocado tan suave, viene á tener desgusto de todo lo que no sabe á él. Y como se dice de Sancta Cecilia (c) que ni de dia ni de noche cesaba de los coloquios divinos, y de la oracion, por el grande amor y gusto que tenia en Dios: así se puede en su manera decir de los que este amor unitivo han alcanzado. Y porque somos tan groseros, que no entendemos la alteza de las cosas espirituales sino por la bajeza de las corporales, ni sabemos leer sino por el libro de nuestra aldea, pondré un ejemplo, aunque profano, para declarar la condicion y grandeza deste amor. Y no se maraville nadie que usemos de tales ejemplos para declarar la fuerza deste amor; pues todo el libro de los Cantares procede por esta semejanza, declarando por la grandeza del amor de los esposos á sus esposas, el que Cristo tiene á su Iglesia. Pongamos pues los ojos en el amor que los poetas atribuyen á la reina Dido para con Eneas, el cual brevemente explicó Ovidio en estos dos versos:

*Eneasque oculis semper vigilantibus heret:  
Aneamque animo noxque diesque refert.*

Declarando por estas palabras que el ánima herida deste amor, anda tan empapada en él, que de dia y de noche otra cosa ni piensa, ni sueña, ni imagina, sino solo esto que ama.

Arguyo pues agora yo así: Si el espíritu malo, y la corrupcion de la naturaleza es poderosa para robar de tal manera el corazon, que lo traya desta manera alienado, y trasportado en aquello que ama, ¿cómo no será mas poderoso el Espíritu Sancto, y la abundancia de la gracia para traer un corazon mas absorto en Dios, que lo trae un hombre ciego en el amor de una criatura, mayormente siendo Dios (como lo es) un mar de infinita suavidad? Pues por este ejemplo, aunque profano, podrán los hombres, aunque no sean muy espirituales, entender la condicion y fuerza deste divino amor que llamamos unitivo; y el cual (como dijimos) de tal manera

(c) Ecclesia in ejus Offic.

une y prende el ánima con Dios, con una tan grande y tan incomprehensible suavidad, que no la deja pensar, ni reposar, ni descansar en otra cosa fuera dél.

Y para confirmacion de lo dicho no podré dejar de aprovecharme de algunos ejemplos de cosas que cada dia se ofrescen, tratando con algunas personas muy dadas á nuestro Señor. Persona conocí yo un tiempo tan presa deste amor, que en ninguna manera podia cesar de estar siempre actualmente amando y gozando de Dios. Y el gozo era tal, que le quitaba la gana del comer y del dormir; y así venia el cuerpo á debilitarse y enflaquecerse notablemente con la falta de lo uno y de lo otro. Y aconsejada por sus padres espirituales que se divertiese deste ejercicio para acudir á las necesidades del cuerpo, y probándolo hacer por veces, en ninguna manera podia apartarse deste ejercicio; y así padeciendo y adelgazándose el cuerpo, el ánima se engrosaba y gozaba de Dios.

Otras personas conocí, que las noches enteras, aunque fuesen de invierno, gastaban en este mismo ejercicio, sin que el sueño ni la necesidad del cuerpo las apartase dél. Tales eran aquellas matronas de quien se escribe que se llegaban á la oracion cuando el sol se ponía, y en el mismo lugar las hallaba cuando volvía á amanecer. Y la causa de estar así sin cansar, era la gran suavidad que sus ánimas percibian en Dios; la cual (como dijimos) trae consigo este amor unitivo. Y el fundamento desta verdad es aquella sentencia de Aristóteles, el cual dice que nuestra naturaleza aborresce las cosas tristes, y ama grandemente las deleitables. Siendo pues tan grande la fuerza del deleite, no tendrán por cosa increíble los hombres del mundo, perseverar los amadores de Dios las noches enteras en esta comunicacion suavísima con él. Mayormente que está escrito desta celestial Sabiduría (d), que no tiene amargura ni hastío la comunicacion della; sino gozo y alegría. A lo ménos los que gastan las noches enteras en jugar á las cartas, no podrán dejar de confesar esta verdad; porque de otra manera, recia cosa sería decir que no provee el Espíritu Sancto de mayores consolaciones á sus fieles siervos, que la carne y el demonio proveen á los suyos.

Pues volviendo al propósito principal, digo que el que ha llegado á la union deste divino amor, goza ya en esta vida mortal deste linaje de bienaventuranza comenzada; la cual en parte es muy semejante á la venidera, porque trae consigo (como dijimos) una grande suavidad, una hartura del ánima, una satisfaccion, una quietud y reposo interior, y una plenitud y hinchimiento de todos los bienes, que le hace decir de todo corazon lo que Sant Francisco en toda una noche repetía: ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! Porque de todas les parece que gozan en solo él, y así no les queda mas que desear. Ni es esto de maravillar; porque así como una piedra que cae de lo alto, en llegando á lo bajo está quieta, porque este es su centro y lugar natural, así tambien, como Dios sea el centro de nuestra ánima, la cual fué criada para gozar dél, en llegando aquí, pára y se quieta, y cesa la rueda viva de todos los otros deseos; porque queda ella tan harta con solo este bocado, que no tiene hambre, ni gusto de otra cosa fuera dél. Esta es pues la bienaventuranza con que galardona Dios los trabajos de sus fieles siervos aun en esta vida. La cual es tan grande que se parece mucho con la que es-

(d) Sap. 8.

peran en la otra; porque así alegra y apaga en su manera todos los deseos y apetitos del corazon, como la otra. Y tiénense por tan ricos y dichosos con ella, que no trocarian una muy pequenita parte della por todo el imperio del mundo.

A este dichoso estado habia llegado Sant Augustin; el cual despues de haber gustado esta suavidad, hablando con nuestro Señor, dice así (e): Aunque estas cosas bajas tengan, Señor, sus deleites y sus amores, mas no deleitan de la manera que tú. En tí se alegra el justo, porque tu amor es suave y quieto; porque tú hinches los corazones donde moras, de suavidad, y de paz, y de dulzura. Lo cual no cabe en el amor del siglo y de la carne, que es congojoso y lleno de turbaciones; y por eso no deja estar quietas las ánimas donde él entra. Ca siempre las solicita con sospechas, y pasiones, y diversos temores. Mas tú, Señor, eres verdadero deleite de los buenos, y con mucha razon; porque en tí está una poderosa y grande quietud, y una vida ajena de toda perturbacion. Y en otro lugar, hablando con el mismo Dios, dice así (f): Ya veo la lumbré del cielo con los ojos de mi ánima; y de lo alto luce un rayo que alegra todos mis huesos. ¡Oh si este bien se me diese perfecto y cumplido! Acrescencia tú, Señor, que eres el autor desta luz, acrescencia esta luz que en mi ánima luce; y sea dilatada y ensanchada en mí. ¿Qué es esto que siento? ¿Qué fuego es este que calienta mi corazon? ¿Qué luz es esta que así lo alumbrá? ¡Oh fuego, que siempre ardes y nunca mueres, sea yo abrasado de tí! ¡Oh luz, que siempre luces y nunca te eclipsas, alumbrá mi ánima! ¡Oh si yo ardiese con este fuego! ¡Fuego sancto, cuán dulcemente ardes! cuán secretamente luces! cuán suavemente quemas las ánimas! Todo esto es de Sant Augustin.

## §. II.

Paz interior y alegría que acompaña esta bienaventuranza susodicha.

Pues de la grandeza deste divino amor y suavidad se sigue aquella paz interior, de la cual dice el Apóstol que sobrepuja todo sentido (g), porque nadie conoce la virtud y excelencia della, sino el que la ha probado (h). Porque esta paz no solo hace que el hombre tenga paz con sus prójimos y con Dios, sino tambien consigo mismo, pacificando y quietando las pasiones de nuestros apetitos con su virtud, y quietando la lucha que la parte inferior de su ánima tiene con la superior, que es el espíritu. Porque la guerra interior que dentro de nosotros padecemos, nace por una parte de la repugnancia de los apetitos de nuestra carne contra el espíritu, y del desasosiego que nos causan los deseos de cosas que desordenadamente deseamos, y de la congoja y pasion que recibimos cuando no las alcanzamos. Por donde cesando estos deseos, queda el hombre en paz, y quietud, y sosiego; porque contento y satisfecho con lo que le ha dado, no quiere nada deste mundo, ántes lo desprecia y aborresce.

Esta paz promete el Señor á sus fieles amigos en el libro del sancto Job (i), donde entre los privilegios y dones que se conceden á los buenos, uno es, que las bestias de la tierra tendrán paz con él. Pues ¿qué bestias son estas, sino los apetitos y pasiones bestiales de la

(e) Meditat. c. 35. tom. 9. (f) Soliloq. cap. 54. tom. 9. in Append. (g) Philipp. 4. (h) Apoc. 2. (i) Job. 5.

carne que tenemos commun con las bestias, las cuales siendo tan inquietas y bulliciosas con la fuerza de sus apetitos, vienen á quietarse y tener paz con el hombre, cuando se ven satisfechas con otros mayores gustos y deleites que los que ellas apetecian? Porque, segun dice Sant Bernardo (k), así como los que del todo se han entregado á los deleites carnales, no gustan de los espirituales, así por el contrario los que gustan los espirituales (que son altísimos y divinos) luego desprecian los carnales (que son vilísimos y bajísimos).

Y junto con esta paz alcanzan la verdadera libertad del espíritu, que se da á aquellos que por haber dejado de ser siervos y esclavos de su carne, vienen á conseguir aquella libertad que es propia de los hijos de Dios; por cuya virtud fácilmente se enseñorean de todas las pasiones y apetitos que ántes los enseñoreaban; y así viene á cumplirse lo que dice el Profeta de los que por virtud de la redempcion de Cristo han salido deste espiritual cautiverio (l): Que prenderán á los que ántes los prendian, y subyugarán á los que primero los oprimian. Y esta misma libertad los levanta sobre todos los cuidados, y perturbaciones, y temores desta vida y de la otra; y así libres destes impedimentos están presos y unidos de tal manera con Dios, que ni la compañía de los hombres, ni las ocupaciones exteriores los apartan de su presencia. Porque entre la muchedumbre de los negocios conservan la simplicidad del espíritu; y de todas las cosas que ven ó oyen, toman motivo para levantarse á Dios, al cual hallan como presente en todas las cosas. En él tienen todo su amor, en él se ocupan siempre; de tal manera que están como absortos en él, y viendo no ven, y oyendo no oyen. Mas ¿qué palabras bastarán para explicar las riquezas y virtudes destes; la firmeza en su fe, la paz en su esperanza, el gozo en lo que aman, el alegría en lo que desean, la paciencia en lo que sufren, y la fortaleza en lo que emprenden? Estos en los trabajos hallan deleite, en la pobreza riquezas, en la hambre hartura, en el abatimiento gloria, en las injurias honra, en las vigiliass de la noche descanso, y en el ejercicio de la oracion paraíso. Pues si es proprio desta bienaventuranza traer consigo todos estos contentamientos y espirituales deleites, ¿cuán cierto es ser verdadera la religion donde tales y tan nobles deleites se hallan?

Y aunque salga un poco del propósito, no dejaré de decir aquí una cosa de mucha edificacion y consolacion para el cristiano lector. La cual es que aunque todas las obras de naturaleza y de gracia prediquen la bondad y amor de nuestro Señor para con los hombres (y así nos inciten y conviden á su amor), pero muy mas especialmente hace esto la abundancia de consolaciones y regalos con que trata á sus familiares amigos. Porque como haya dos maneras de amor: uno esencial, cual es el de los padres para con sus hijos ya criados; y otro blando y tierno, cual es el que tienen á los hijos chiquitos, á los cuales toman en brazos, y abrazan, y besan, y procuran toda recreacion; no se contenta aquel Padre celestial con tener á sus espirituales hijos aquel primer amor, mas ámalos tambien con este amor tierno, regalándolos y consolándolos con la abundancia de sus deleites. Y porque nadie piense que esto sea encarecimiento, oya al mismo Señor que así lo dice por Esaiás, hablando con los espirituales hijos desta manera (m): A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré; de la

(k) In Ascens. Dñi. ser. 5. et. Epist. 2. (l) Esai. 14. (m) Esai. 66.

manera que una madre regala á un hijo chiquito, así yo os consolaré.

Pues ¿qué cosa mas tierna, mas blanda y mas amorosa que esta? Y es tan proprio este oficio del Espíritu Sancto, que con ser tantos los efectos que obra en las ánimas, deste (como de muy principal) quiso intitularse, llamándose Paracleto (n), que quiere decir consolador; cuyas consolaciones muchas veces son tan grandes, que no las puede la flaqueza del cuerpo corruptible soportar. Y así se escribe de aquel Sancto Efrén (o), que será tan grande el gozo espiritual que recibia en la oracion, que no pudiendo sufrir la vehemencia del, decia: Señor mio, apartáos un poco de mí; porque no puedo sufrir el ímpetu de vuestras alegrías. Otras veces decia: Señor, deten en un poco las ondas de vuestras gracias. Otro sancto varon, viéndose grandemente visitado de nuestro Señor, y considerando que no podía corresponder con sus servicios á tan grandes mercedes, decia: No tanto, Señor, no tanto; porque ni me hallo digno de tanta consolacion, ni sé cómo os la pueda servir. Otra persona decia: Señor, cuando no os tengo, no me sufro; y cuando os tengo, no os puedo sufrir. Lo cual todo nos declara cuánta sea la fuerza de las consolaciones divinas, pues sobrepuja la facultad de las fuerzas humanas. Esta es aquella grande alegría de que dice el Profeta (p): El ímpetu del rio alegra la ciudad de Dios.

Otras veces visita él las ánimas con una sosegada y quieta alegría, y con aquella paz interior de que arriba tratamos. La cual con ser tan quieta, es tan penetrativa y tan grande, que la abundancia della (si decir se puede) rebosa en la misma carne, de tal manera que viene el hombre á decir con el Profeta (q): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo. Y con ser la carne tan contraria á los ejercicios del espíritu, viene contra su naturaleza á deleitarse tanto en ellos, que como dice Sant Buenaventura (r) siente pena si la apartan de cosa que ella tanto gusta. Pues ¿quién pensara que la carne sucia y mal inclinada, y enemiga de todos los espirituales ejercicios, podia llegar á este estado? Pero no es maravilla que tales relieves le quepan de tal convite. Porque esta es aquella cena de que dice el Señor por Sant Juan (s): Mirad que yo estoy á la puerta llamando; si alguno me la abriere, yo cenaré con él, y él cenará conmigo. Pues ¿cuáles serán los manjares y potajes que Dios administrará en esta su cena real? ¿Cuales han de ser, sino conformes á la grandeza de sus riquezas, y de su bondad, y magnificencia, y amor? Pues ¿qué cosa mas admirable, que venir aquel Señor, de cuya majestad tremen los principados y poderes del cielo, á convidar desta manera los viles hombrecillos y vejezuelas que andan rastrando por la tierra? Muchas de las cuales apenas tienen un pedazo de pan para comer; y pasa Dios por reyes y príncipes sin hacer caso dellos, y regalase con estas. ¿Qué cosa mas admirable que decir aquel Señor que es gloria de los ángeles, que sus delicias son estar con los hijos de los hombres (t)? Pues ¿qué es esto, sino tratar Dios á sus fieles siervos como la madre á su hijo chiquito, á quien regala, y con quien ella se regala (v)? Pues esta es una de las cosas que mas aficiona las ánimas al amor de su Criador, viendo que no se contenta con la grandeza de los bienes que les tiene aparejados

(n) Joan. 14. (o) In Vit. PP. (p) Psalm. 45. (q) Psalm. 85. (r) In Stimul. amor. li. p. c. 1. (s) Apoc. 3. (t) Prov. 8. (v) Esai. 66.

en la otra vida; sino tambien los regala, alegra y consuela, y trata con la suavidad y blandura que decimos, en este destierro. Y cuando ellos por una parte consideran la alteza de aquella majestad, y por otra su bajeza, y ven cuán amorosamente trata un Señor tan grande á criaturas tan bajas, no acaban de espantarse, y alabarle, y darle gracias, y derretirse y arder en su amor.

Volviendo pues á nuestro propósito principal, si el fin de la perfecta ley es hacer á los hombres bienaventurados, alegres y contentos, ¿cuán excelente es la ley de los cristianos, la cual nos propone estas dos bienaventuranzas tan gloriosas, una para la vida advenidera, y otra para la presente?

#### CAPITULO XV.

Décimacuarta excelencia de nuestra fe, que es haber desterrado la idolatría del mundo.

No pára aquí la virtud y eficacia desta sanctísima religion: pasa aun adelante. Porque estos dos efectos que aquí habemos señalado, son de personas particulares; otros hay universales que tocan á todo el mundo. Entre los cuales el primero es, que la predicacion desta sancta religion desterró la idolatría del mundo. En lo cual (dejadas otras muchas circunstancias que aquí entrevinieron, de que adelante se trata) hay tres cosas tan grandes, que ningun ingenio ni lengua humana las podrá engrandescer como ellas merecen. La primera es, que despues de Dios haber encarnado y padecido, es mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar la idolatría del. Porque así como se dice de la naturaleza del bien, que cuanto es mas commun y mas general, es mas divino, porque aprovecha á muchos; así por el contrario, cuanto el mal fuere mas universal, será mas pestilencial y mas dañoso. Y tal era este, pues estaba generalmente recibido, y extendido por todas las naciones del mundo, que es cuasi por todo lo que cubren los cielos. Porque aquel engañador del linaje humano todo lo habia ocupado, y en todas las islas y rincones mas escondidos de la mar y de la tierra habia derramado esta mortal pestilencia. Mas ¿qué diré de la antigüedad della; pues era de tiempo inmemorial? ¿Qué de la malicia della; pues por ella se cometia una tan grande blasfemia, como era quitar á Dios su silla y corona real, y entronizar en ella el mayor de sus enemigos, que es el demonio? Pues con razon decimos que este ha sido el mayor y mas universal beneficio de cuantos se han hecho al mundo; y por consiguiente que ningun hombre hasta hoy ha parecido en el mundo, que mayor bien le hiciese, que Cristo nuestro Redemptor; pues por la predicacion de su Evangelio fué el mundo librado desta tan grande, tan mortal y tan antigua tiranía del demonio. Pues si este Señor fuera el que los judíos creían, diciendo que era blasfemo, porque siendo hombre se hacia Dios (que es el mayor de los pecados), ¿cómo era posible que de cosa tan abominable procediese este tan grande bien?

Lo segundo decimos que acabarse esta obra fué la cosa mas dificultosa de cuantas ha habido y habrá en el mundo. Porque todo él con todos los reyes y emperadores y con todos los sabios y poderosos de la tierra, se pusieron en armas para defender esta pestilencial supersticion, y extinguir nuestra religion; y esto con tanto derramamiento de sangre, y con tantas invenciones de tormentos, cuantos nunca fueron vistos ni imaginados.

Porque aquel dragon infernal derramó cuanta ponzoña tenia en los corazones de los hombres, para que despojados de toda humanidad, ejecutasen en los cuerpos de los mártires las crueldades que los demonios, enemigos capitales de Cristo, les enseñaban. Y lo que mas es, esta batalla no duró por veinte, ó treinta, ó sesenta años, sino por mas de trecientos años. Porque duró hasta el tiempo del emperador Constantino; el cual juntó el concilio Niceno treientos y treinta y tres años despues del nascimiento de nuestro Salvador. Y aun ni aquí se acabó, porque despues succedió la cruel persecucion del apóstata Juliano, y del emperador Valente, arriano. En las cuales persecuciones fueron tantos los muertos y despedazados por la fe, que sobrepujan todo lo que aquí podemos decir. Véase pues si ha habido jamas en el mundo otra cosa mas dificultosa de acabar.

La tercera cosa es tal, que eran menester lenguas de ángeles para explicarla; que es ver con qué linaje de pertrechos y armas se acabó esta tan grande hazaña. Pues ¿cuáles habian de ser las armas con que Dios triunfase del infierno y del mundo, sino dignas de tal vencedor y triunfador? Y cuáles eran estas? No cierto armas de hierro, no ejércitos poderosos, no sabiduría de filósofos, no elocuencia de oradores, no grandes riquezas que todos los ánimos corrompen; sino armas divinas, que fueron las virtudes sobrenaturales que Dios infundia en los corazones de los sanctos mártires; que eran una fe vivísima, una fortaleza invincible, una constancia inexpugnable, una paciencia admirable, una lealtad para con su Criador fidelísima, un ánimo generosísimo, un corazon despreciador de todas las amenazas y promesas de los tirannos, un señorío sobre todo lo que el mundo les podia hacer de bien y de mal, como personas muertas al mundo, y vivas á solo Dios. Pues con estas virtudes y armas sobrenaturales y divinas (con las cuales solo Dios podia armar sus caballeros) vencieron muriendo, triunfaron padeciendo, desterraron al demonio siendo ellos desterrados, derribaron sus altares estando ellos caidos, y pisaron sus estatuas siendo ellos pisados y acoceados. Y con toda esta flaqueza pudieron tanto, que acabada esta tan larga y tan reñida conquista, pusieron por tierra los templos de los ídolos, derribaron sus altares, quemaron sus imágenes, y los que eran adorados por dioses, vinieron á ser despreciados y fundidos (como ellos lo merecian) para hacer pailas y calderas para servicio de las iglesias, sin que fuese parte para defenderlos toda la potencia del mundo y del infierno. ¡Oh victoria gloriosa! ¡oh nueva manera de pelear! ¡oh poderosas armas, no fabricadas en las herrerías de Milan por manos de hombres, sino forjadas en el cielo por virtud del Espíritu Sancto! Muy bien pudiera aquel omnipotente Señor convertir el mundo con una sola palabra, como lo hizo en la conversion de Ninive por la predicacion de Jonas (a): mas no lo quiso hacer así; porque eso fuera vencer al mundo con el brazo de su omnipotencia. Mayor gloria suya fué vencer todos los monarcas del mundo con la flaqueza de las tiernas doncellas, y de todos los otros sanctos mártires, que hicieron escarnio dellos, y de todos sus tormentos. Y no solo para mayor gloria suya, mas tambien para mayor gloria y corona de los mismos mártires; los cuales con el trabajo de un dia merecieron el alegría de todos los siglos. Y sobre todo esto para

(a) Jonæ 3.